

Nueva aproximación a «Huairapamushcas» *

Si la figura del gamonal en *Huairapamushcas* aparece en solitario como signo del poder, la clase chola o mestiza, pequeña burguesía en su proyecto, acoge un mayor número de personajes que bullen en la narración y muestran varios registros de conducta, definidos por rasgos del pasado y del presente. Precisamente será el mayordomo Isidro el que con su evolución nos dé las claves más significativas de los cholos. Dentro del esquema novelístico Isidro es un representante del medio natural, de la sociedad primitiva, y cumple la función de oponente o agresor del extraño, Gabriel. No obstante Icaza ha introducido ciertas variantes puesto que el mayordomo, aunque agresor, no lo es con la finalidad de mantener un *statu quo* a ultranza, como enemigo de lo renovador, sino que lo es por su búsqueda (limitada) de cambio. Por tanto, hay aquí un cruce contrario entre mayordomo y latifundista en lo que se refiere a los roles de innovación y atraso. Dentro del omnipotente mundo natural, será el hombre inestable del *milieu* el que acabe por realizar un tímido proyecto de cambio, más exactamente, una reforma perfectamente integrable a la sociedad establecida. Icaza apoya este planteamiento en la peculiar índole del cholo serrano. Lo concibe como resultado de una posición indefinida de clase, eventual, en un proceso de configuración y con una psicología representativa pero contradictoria, muy particular en la combinación de rasgos codificados y sus variantes. Por esta circunstancia de inconsistencia Isidro es el personaje más dinámico. Acaba siendo un factor decisivo en el desenvolvimiento de la acción. El entra en contacto con todos los grupos sociales y participa en el origen de distintas líneas del relato. La secuencia inicial del viaje y llegada a la hacienda, desde el punto de vista de Isidro, sirve para confron-

* En un artículo anterior (*Anales de Literatura Hispanoamericana*, n.º 21, 1992) entregamos la primera parte de este trabajo en el que abordamos principalmente la figura del latifundista; con este segundo estudiamos la del cholo y los indígenas. Jorge Icaza: *Huairapamushcas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1948. Todas las notas se refieren a esta edición.

tarlo con el patrón y darnos rasgos básicos de su psicología. Además va a justificar la función de cambio como línea de actuación del personaje, lo que nos permite reinterpretar las verdaderas intenciones de su conducta con Gabriel.

Si se esquematiza la funcionalidad de Isidro, hay un primer nivel en relación al patrón y un segundo referido a los indígenas, que se desarrolla en la segunda mitad de la novela. En el primero se pueden agrupar los episodios en los que Isidro pretende neutralizar y aprovecharse del amo, con esa finalidad actúa como guía, informador, consejero. Introduce a otros personajes desde su perspectiva particular, revela hechos y figuras del pasado, muestra actitudes definidas con los indios y cholos, todo con la finalidad real de ir probando y descubriendo cómo es el nuevo señor. Técnicamente se emplean los diálogos, que él domina. Se usa un doble enfoque exterior e interior, análisis de su psicología y comentarios del narrador que orienta sobre su personalidad, tratada irónicamente, y que muestran sus debilidades y rasgos contradictorios. En este mismo nivel Isidro protagoniza actuaciones violentas contra los indios que forman parte de su estrategia presente y que expresan su postura de clase, lo cual ha de enlazar con situaciones posteriores.

También en este primer nivel, Isidro es el organizador oculto de planes agresivos contra el patrón. Implica a otros cholos a que colaboren dentro de su red de maniobras para robar, dado que es el único medio de adquirir el poder económico preciso. En una línea complementaria se sirve de las cholas Cumbá para dominar a Gabriel, mediante el sexo, una vez que se entera de sus andanzas. Su alianza con ellas cobrará más importancia, al casarse con Isabel y hacerlas participar en sus fines últimos.

Vemos, entonces, cómo la primera secuencia se integra a uno de los ejes del relato, que es la evolución de Isidro, y cómo éste cumple con un modelo —que es supuestamente el propio de la psicología chola— de doblez y engaño. Es el falso ayudante y verdadero agresor, la amenaza del patrón, pero no para matarlo sino para aprovecharse de él. En los primeros compases del relato el instante decisivo es aquel en que Isidro se da cuenta de que es posible llevar a cabo su proyecto de ascensión social. En una primera fase se dirige contra el representante de la clase dominante, obstáculo y medio de sus ansias, rival de su proyecto social pero también interesado en y dependiente de ella. Su oposición a Gabriel no es para mantener un estado de cosas, sino para abrir un espacio propio, si bien limitado porque Isidro nunca cuestiona el poder del terrateniente —ni tampoco Icaza dejará que objetivamente pueda darse— como se verá por el desarrollo de los acontecimientos. Cuando más adelante se produzca la ruptura con el patrón, el impulso de rebelión es ahogado internamente, aunque hasta entonces tampoco se había suministrado una base ideológica sólida que la justificase. A partir de ahora, cuando vuelve a tomar conciencia de su ser de cholo, encauza su agresividad social contra los comuneros, con los que no hay rivalidad sino contradicción.

La trayectoria de Isidro sirve, así, para saber lo que piensa Icaza sobre los

cholos. Ya hemos anotado que el mayordomo reproduce básicamente el modelo codificado del individuo adaptado al medio y representante de él pero no sometido absolutamente. Su condición de asalariado del terrateniente y de propietario de un pequeño terreno, determinan las explicaciones psicológicas y sociales por las que resulta una forma de individuo inestable. Esta configuración resulta, por añadidura, muy rentable en el plano narrativo. En la sucesión de reacciones y actitudes de Isidro observamos, según Icaza, cómo el cholo es un producto del medio y definible por su organicidad: inescrupuloso, pragmático, taimado, obsecuente, hipócrita, cínico, dúctil. Los calificadores son bien explícitos: «cholo ladino, adulón y taimado», «viejas mañas cholas», etc. El narrador se mantiene distanciado con comentarios irónicos o claramente condenatorios y descripciones críticas. Como acontece con los indios, aunque en éstos de manera más aguda, en Isidro los procesos psicológicos son descritos como actividades confusas que sólo es posible insinuar. Ciertamente lo que busca el narrador con frecuencia es establecer una connivencia con el lector o bien crear un aire de intriga o de inminencia, pero principalmente la psicología turbia quiere expresar lo instintivo, lo primitivo de su mentalidad, que participan con sus anhelos de superación social de un mismo origen profundo, arcano y difícilmente discernible. Es significativo que en momentos de particular trascendencia, como en el episodio de su aceptación de ser cholo, su pensamiento resulta brumoso también por estar rompiendo con una norma inmemorial. Este riesgo de rehusar lo establecido se teme asumir racionalmente, de ahí su confusión, y es el instante en que el narrador suele emplear los términos «diabólico» o «demoníaco» para indicar el aspecto de transgresión con un matiz de fuerzas oscuras. Por ello a cada nuevo paso de Isidro, el narrador acude a sueños o recuerdos turbios que empujan la toma de decisión. Los ejemplos abundan:

«Pero como aquello no podía durar porque necesitaba dinero para sus proyectos, dicen que una noche oyó la voz de su ángel tutelar, o demonio —el resultado fue el mismo—, que le aconsejaba: “El páramo... El páramo...”» (pp. 90-91).

«El demonio tentó a Isidro aferrándole a la idea de adquirir esas tierras pantanosas. ¿Con qué objeto? ¿Con qué utilidad? Nadie podría explicar. Ni él mismo quizás. ... ¿Valía la pena gastarse en ese lodazal los ahorros que reposaban tras el cuadro de la Virgen? Un impulso secreto le decía que sí» (pp. 83-84).

«¡Ahora podría! ¿Qué? Una perspectiva de proyectos imprecisos se le abrió ante sus viejos anhelos... ¿Quién le impedía? Algo nebuloso se le agitó en su corazón.

—Ji... Ji... Ji... —rio diabólicamente—» (p. 22).

Del mismo modo, como parte de su personalidad mestiza, híbrida, Isidro participa de elementos de la cultura nativa, pues cree en supersticiones y leyendas (la del espíritu del antiguo gamonal que ronda la casa o la rogativa a la Virgen para contrarrestar a los indios). No obstante, aun admitiéndolo supera esta realidad y establece una relación más racional, hasta el punto de ser

capaz de manipularlo en su favor (sabe perfectamente qué es lo que hay tras los temores de las servicias en la historia de Juana). Lo supersticioso también se da en otros cholos, como Torcuato y su mujer pero con menor grado de superación.

En la secuencia del enfrentamiento entre Gabriel e Isidro, al descubrirse los robos de éste, encontramos el acostumbrado énfasis, teatralidad y exacerbación icacianos del proceso psicológico, con una dimensión colectiva, especialmente útil para descubrir la naturaleza ideológica y mental del cholo. Ante la posibilidad de un acto de rebelión, por tanto, de autonomía de clase —es cierto que apoyada sobre ideas muy pobres como la de macho— el peso de lo tradicional se impone en sus rasgos fundamentales: Es preferible eludir el enfrentamiento, aguardar astutamente y confiar en la estrategia «mañosa». Los cholos no son sino *héroes pragmáticos*, su política no es la búsqueda de la contradicción, sino infiltrar la estructura social, lo que implica aceptarla. Esta aceptación queda confirmada en el significado que atribuyen al patrón como origen, modelo e ideal. Icaza para perfilar esta personalidad se apoya en la teoría del mestizo, según había sido ya formulada, en la que se le atribuyen rasgos de doblez, comportamiento sinuoso y habilidoso. Sin embargo, esta actividad para alcanzar un lugar relativamente autónomo precisa de un principio particular del cholo, el de la elaboración de un proyecto propio. Su decisión para obtener riqueza, el interés calculado de su matrimonio, los planes de adquisición y acondicionamiento de la tierra muestran la confianza en sus fuerzas. El mayordomo es el que *civiliza* la naturaleza. Al hacerla aprovechable y arrancársela a la furia inhumana del río, realiza un acto representativo de la novela de la tierra, el encercamiento del terreno, como barrera que separa dos mundos. Isidro lleva a cabo la tarea del progreso, pero en *Huairapamushcas* no hay una dimensión ideal o general que englobe a toda la colectividad. Icaza no puede conceder tal dimensión, Isidro se mueve por su interés particular y a lo sumo de su grupo social, todavía informe.

La evolución de este personaje toma un giro definitivo desde el instante en que se da cuenta que es preciso abandonar la conducta seguida contra el patrón, línea contradictoria de agresión y dependencia. Precisamente la crisis con Gabriel lo deja «desamparado», confuso, pero la lógica de esta nueva etapa es decisiva en la búsqueda de su identidad y en la toma de conciencia de clase, ahora más compacta, después de los incidentes en la sierra. Este episodio de aguda tensión psicológica propicia el recurso acostumbrado: la vuelta al pasado, el recuerdo brotando de lo más remoto de su infancia, le orientará en su actuación futura. En un instante asume su condición de cholo y simultáneamente descubre la línea de actuación contra los indios. Su identidad se consolida al admitir lo que el medio ha hecho de él. La determinación orgánica aparece como principio de modelación social: raza, herencia, condición mestiza; para triunfar hay que partir de su reconocimiento:

«Algún cholo con furor de gamonalismo», fue la frase que se enraizó profundamente, sacando al ex mayordomo de ese chapotear en tinieblas. Olió de pron-

to lo que siempre estuvo en sus narices: los zapatos de becerro, las medias sucias, el sudor guardado en los pantalones, en los sobacos, en el tafíete del sombrero, y, en vez de llenarse de asco respiró con orgullo pensando en el decir popular: "El hombre fuerte debe oler a chivo, carajo... ¡Olor de cholo...!"» (p. 173).

En el mestizo se destaca la condición que le otorga el medio pero está acompañado de un acto personal, subjetivo, que le confiere una manera de ser dinámica que le capacita para aprovecharse del entorno y utilizarlo parcialmente. Si al gamonal el medio lo destinaba a ser violento y al indio a ser pasivo, al cholo por su constitución híbrida le permite una mayor versatilidad. Es posible pensar que su realidad dual es signo de un cierto espacio que propicia una mayor movilidad dentro del marco establecido. El problema es que Icaza no precisa convenientemente esta forma de ser, dividida entre determinación y diversificación. Sabemos que el mestizo, para Icaza, es una suma de componentes blancos e indígenas; sin embargo, a no ser por una referencia a poco de comenzar la novela (p. 18) no hay posteriores precisiones, y es un hecho de importancia porque el autor habló siempre del mestizo como una confluencia de corrientes. Lo que en esta obra, de todos modos, queda evidenciado es la definición del cholo en relación al medio, a su legitimidad basada en lo *macho*, de hombre visto en su constitución natural:

«... hace mucho que los vericuetos de las laderas, la ceguera de la niebla, la fuerza avasalladora de los torrentes, las largas tempestades de invierno, lo inestable de una tierra que se va con los ríos, con los vientos, que se abre y se eleva al capricho de los volcanes, le dieron consejo y sabiduría» (p. 173).

Isidro ve la posibilidad de cumplir sus planes afirmando su ser, por lo que puede realizar actos de apropiación, siguiendo sus propios métodos, pero que reproducen el modelo de los latifundistas. Él puede sustraerse a la dependencia del patrón para afirmarse como alguien que puede realizar actos semejantes pero de acuerdo con su *autonomía* de cholo. Por tanto, no es que tenga un puesto de excepción, sustrayéndose a las reglas generales sino simplemente una riqueza cuantitativa, plural, propiciada por las determinantes del entorno. En este sentido limitado hay que interpretar *autonomía* o *individualidad* del cholo. Siendo el que posee la herencia de blancos e indios es el que se realiza en contra de ambos, en un espacio establecido, sin embargo.

Los argumentos contra los indígenas los extrae Isidro de la ideología dominante. Siguiendo un esquema moralista tradicional los acusa de degeneración innata, maldad, malas costumbres y, en líneas generales, acepta la justificación oficial de la opresión. Es el ejemplo de la dependencia ideológica de las clases medias. No obstante, Isidro también marca las diferencias con los indios a partir de términos ideológicos positivos propios: ellos, a diferencia de él, carecen de ambición, son pasivos y no reaccionan ante la realidad.

La fase última en la que ha de culminar la evolución de Isidro comienza con la necesidad de crear un espacio propio. Su lucha contra el río para establecer un terreno es simbólico del proyecto general. El hecho de convertirse

en propietario de unas tierras debe escindirse en su interpretación en dos vertientes. Poseer tierras se puede considerar desde una óptica ancestral, influjo del medio, o verse desde una perspectiva socioeconómica en relación a los planes sociales del ex-mayordomo: «Isidro lleno de esa diabólica obsesión que había transformado su sonrisa humilde y condescendiente de mayordomo en mueca altanera llena de fe, desde el instante que se puso a luchar por sus tierras» (p. 180).

Isidro comenzó una actuación marcada por el signo de la confrontación, primero en solitario y más tarde con el resto de los cholos. Luego progresa a costa de los colonos de Yatunyura y sabe lo que hace, pues comenta cínicamente la reacción indígena lastrada de creencias mágicas: la ampliación y explotación de su propiedad ocasiona la ruina de los comuneros. Isidro será el adelantado en desarrollar un espíritu emprendedor y en la constitución, sólo en escasa manera, de la pequeña burguesía. Por lo que será el primero en sentir el obstáculo de los indios y la amenaza que pueden representar, precisamente porque su base económica sólo se puede consolidar a partir de un acto de violencia ejercida contra ellos. De ahí que su tarea inmediata sea agrupar a los cholos en objetivos comunes, convertirlos en algo más próximo a una clase social, para poder actuar conjuntamente. Para ello les convence de que participen en negocios, es decir, promueve una base económica que los una. Isidro juega el papel de la pieza políticamente consciente que debe organizar a los suyos. El antiguo mayordomo llora de alegría después de que ha conseguido enrolosarlos hábilmente en intereses comunes.

Efectivamente, el acto final de la ascensión de Isidro —«cholo con éxito»— y de la formación de una clase media futura está en el enfrentamiento con los indios. Si el negocio de la caña agrupa a los mestizos propietarios, ahora se logra la unidad ante la defensa de los intereses que se reviste también de defensa de la autoridad. En otras palabras, se utiliza el poder en su propio beneficio para salvaguardar sus escasos privilegios. La escaramuza cobra una dimensión especial desde el instante en que los cholos han ocupado ciertos puestos del aparato estatal a nivel local y efectúan una represión contra los comuneros. La derrota de éstos funda la solidaridad de clase y echa las bases para un progreso económico del cholerío, lo que ya no se trata en la novela. Es el acto de unión que Isidro buscaba: para poder constituirse de manera autónoma era preciso acabar con los indios; con el gamonal o con el cura —la Iglesia— serán los pactos. Relaciones que se habían producido ya en el terreno sexual entre Gabriel y Salomé y en las transacciones económicas con el mayordomo.

Las fases económica y política de formación de la clase media tienen lugar al mismo tiempo que la desintegración de la colectividad campesina. Este fenómeno se manifiesta en el éxodo de las tierras de Yatunyura, en la muerte o en la absorción de parte de sus miembros por el núcleo urbano, es decir, la asimilación de aquellos que renuncian a sus señas de identidad. Significativa-

mente esta actuación agresiva se ejerce sobre el sector indígena más independiente y no lógicamente sobre los huasipungueros porque no se podría y porque se busca una coexistencia con el gamonal. Las capas populares son liquidadas y la consecuencia que Icaza propone es que el indio no tiene otro destino que desaparecer. Por otra parte, y es importante, en este capítulo final queda claro que una fusión de cholos e indios resulta imposible. La confrontación prohíbe pensar en una colaboración, algo que la ideología del mestizaje proclamó más de una vez. Contrariamente, la síntesis (si es que tal cosa existe) exige la destrucción del indio.

La narración por lo que respecta a los cholos concluye con un resumen sobre el risueño mañana que aguarda a Isidro. Con él nace la posibilidad de una clase con previsible influencia social. En realidad, lo que el autor ha querido mostrar con las peripecias del mayordomo es la constitución de una activa clase media que disfruta de las características del interés, la ambición y la falta de escrúpulos, todas ellas asignables a la sociedad capitalista. Parece comprobarse que la sociedad futura que Icaza podía imaginar estaba marcada por el signo del continuismo. Las palabras del narrador son reveladoras: «El extenso pantano transformado a la medida de sus sueños, las pequeñas cosechas de los competidores que, por ley del más fuerte, caían en sus manos, el arriendo del trapiche de la Providencia —influencias de Salomé y olvidos y perdones bien pagados a Gabriel— convirtieron al ex-mayordomo en el productor número uno de caña y aguardiente de toda la región» (p. 192.)

La empresa común para desarrollar una base económica propia demuestra que los cholos pueden significar algo moderadamente diferente en la sociedad serrana. Las palabras que cierran la evolución agencial de Isidro son: «Así llegó el cholito Isidro de otro tiempo a tomar importancia de un nuevo y curioso tipo de señor latifundista» (p. 192).

Es una clase media que, en principio, logra abrir un espacio por el que diversifica la estructura feudal pero sin transformar nada y además siendo víctima de su propia forma de ser, pues Isidro también acaba progresando a costa de los de su clase. Ahora bien, en la última cita el narrador mantiene el tono con el que se expresó en toda la novela cuando se refiere a cholos y gamonales. Es la estratégica ironía —que con los indios se vuelve patetismo— por la que el autor implícito puede mantener una calculada distancia pero que también posee una especial ambigüedad porque al tiempo que expone las nuevas posibilidades referidas, hay una indudable limitación. La razón es que el proceso encauza necesariamente por la estructura económica tradicional y por la conversión en terratenientes, aunque sean de «nuevo cuño», a aquellos que quieren hacer algo diferente. Es decir, el aspecto reformista no permite ser muy optimista. Tal vez, en cierto sentido, el que Icaza no vacile en tratar irónicamente a Isidro y a los cholos, al ir puntualizando sus bajezas, su egoísmo mezquino, sus pretensiones ridículas, no le impide reconocer que son los que más cualidades tienen, por más mediocres que sean. De ahí que, posiblemente, mucho de su sarcasmo no sea sólo rechazo absoluto, sino *com-*

prensión de sus defectos. Según esto, para él habría una inevitable debilidad, quizá necesaria picaresca, pero humana que es lo que siempre ha hecho que el mundo siga adelante. La evolución histórica probablemente siempre ha contado con estos héroes mediocres, lastrados de defectos pero que resultan ser un principio de cambio. Es decir, no se identifica con ellos pero cree, en todo caso, que es *ley de vida* que sea así. Lo cual encaja con su visión mecanicista y sociológica de la sociedad. Además, esa actitud de admisión conduce a una lamentación moralizante y, en última instancia, escéptica. La historia caminaría empujada por egoísmos e impulsos carentes de valor que, por añadidura, siguen el modelo establecido. Isidro lo expuso a su manera: «La culpa tiene el dinero, el indio quiere ser cholo y el mulato caballero...» (p. 173).

La evolución de los personajes indígenas es bien diferente a los de las otras clases. La línea protagónica está representada inicialmente por Juana, luego por Tixi y su familia y la comunidad en general. Juana suministra los rasgos fundamentales comunes a todos los indios, tanto por la noción de orgánico como por la creencia en la magia, la superstición y el tipo de psicología irracional que implica. Juana está marcada por lo sexual como un destino que ella inevitable e inconscientemente busca, desde el instante en que el antiguo patrón vaticinó su futuro.

El protagonismo de Tixi evoluciona hacia un desenlace trágico, lo mismo que ocurre con la comunidad de Yatunyura. Su actuación adquiere relevancia a partir del conocimiento de la violación de Juana y de saber que él no es el padre de los mellizos. Este hecho va a determinarlo de manera absoluta y nunca más será capaz de superarlo. Su conducta se caracteriza por procesos psicológicos extremos, una conducta autopunitiva, la caída en el alcohol, el rumiar de rencores, acusaciones y venganzas, y el trato violento a Juana y los hijos. Esta situación de Tixi quiere decir que los indígenas son incapaces de resistir las adversidades y que su única salida es la reproducción de la violencia sufrida, aplicada a los suyos. La respuesta de Tixi resulta simétrica a la del patrón. En otras palabras, la represión ejercida contra el pueblo genera, *como única respuesta*, una escisión interna por la utilización de la violencia de una parte del pueblo contra la otra. Icaza va a apoyar esta interpretación haciendo intervenir las referencias psicológicas para dar un tono de cientificidad. La presencia difusa de las teorías freudianas, ya actuante en sus obras de teatro y cuentos primeros, se arrojan la función de contener las claves y sustituir la explicación política de las conductas. Es sabido que en Icaza hay una intención persistente por emplear las aportaciones de la psicología como modo de renovar el relato indigenista, con el riesgo apuntado de que tiende a suplantarse las causas políticas por mecanismos psicológicos. El complejo de Edipo en más de una ocasión justifica determinadas interpretaciones ideológicas de los indígenas. La aproximación a este mundo muestra la constante utilización de un mismo enfoque que tiene la secreta intención de probar que el narrador es un buen conocedor del mundo indígena, al dar información detallada de sus reacciones mentales, hábitos, modelos de interpretación,

pero que curiosamente también revela una falta de comprensión exigente del mundo reflejado, puesto que superstición, concepción mágica, procesos intuitivos dicen poco. De este modo, se llega a la paradoja de que el juicio que se pretende especializado, capaz de darle al lector un conocimiento penetrante de la realidad andina, al final, lo que comunica es que es incomprensible. La psicología que debería aportar las claves de esa sociedad, acaba por repetir un lugar común: la realidad indígena es profundamente extraña, el indio es un ser diferente. La psicología, entonces, sirve más para extrañarlo que para conocerlo. En último análisis, es una manera más sofisticada de ofrecer una imagen exótica del indio. La distancia se lleva al interior del individuo, ya no es una *descripción empírica externa*, pero los estereotipos siguen actuando. Por todo esto, la familiaridad proclamada se halla al servicio de la desfamiliaridad. Es la postura ideológica la que produce este efecto de que lo indígena continúe siendo incomprensible, deforme o incluso monstruoso para una mente racional. En realidad, magia, superstición, mitos son aquí las señales de la incomprensión.

Esta es la actitud principal y sistemática ofrecida en la novela pero es sabido que el narrador posee varios registros que matizan y vuelven más ambiguas sus opiniones, que pretenden definir a los personajes o los acontecimientos a través de sobretonos, irónicos la mayor parte de las veces, así como establecer relaciones de connivencia con el lector. Los procedimientos pueden ser entrecomillar las palabras de los personajes en el discurso del narrador o frases acompañadas de un comentario exprofeso. Habría que añadir como recurso técnico el uso intencionado que hace el narrador con fines ideológicos de la focalización por medio de personajes.

Se ha dicho anteriormente cómo hay una diferencia en la actitud y modulaciones de la voz narrativa, al referirse a los indios o a los cholos y al patrón. El tono irónico cede su puesto de primacía al referirse a aquéllos. El acento *familiar, ligeramente comprensivo de las debilidades humanas* desaparece y la palabra se vuelve solemne, autoritaria, enfática, distante aunque conmovedora, severa. No hay justificación de pecadillos o de pretensiones ridículas —compárese con la imagen bastante positiva del cura como personalidad vital—, el mundo indígena es una mezcla de tragedia y patetismo, y si el cholo en ocasiones adquiere ribetes de comedia, el indígena vive siempre una desgracia intensa y finalmente absoluta. Es una epopeya de la extinción.

Los episodios que cuentan el brote de rebelión de los indios de Yatunyura, poseen un interés especial. El relato de este episodio, aunque con enfoque exclusivo desde la posición de los cholos tiene cierta complejidad por los vaivenes que tienen lugar en el doble registro de la narración: Ironía para referirse a los mestizos de Guagraloma y tono patético para los comuneros. Es decir, se cuenta desde la localización y actitudes cholas, sin que el narrador se identifique con ellos, pero no dejará de expresar la injusticia que los indios padecen, si bien paliada por comentarios inequívocos acerca de la responsabilidad indígena en sus desgracias. El hecho de que los indios *vengan* al pue-

blo, establece una distancia con ellos y su consiguiente extrañamiento. En contraste con la agilidad, el sentimiento de solidaridad y la viveza de los mestizos para organizarse, así como su habilidad para manejarse ideológicamente, los indios no tienen capacidad de respuesta a la autoridad ni a los recursos de los cholos. Carentes de ideas definidas de la situación, demonios y fuerzas oscuras pueblan su entendimiento. Por un instante parece que han alcanzado una comprensión suficiente del conflicto pero el peso de las derrotas del pasado es excesivo, el respeto a la autoridad está demasiado arraigado.

En esta tímida revuelta los indígenas se basan en una postura espontánea —elemental conciencia de la contradicción— que les imposibilita articular un plan preciso. La imprescindible fuerza de la invariante de revuelta se encuentra debilitada y es suficiente con el aparatoso discurso y gesticulación, rasgo propio de la autoridad, para desconcertarlos. La idea de justicia es limada hasta un desesperanzado grito testimonial. La fuerza destructiva de la invariante diluye su exigencia en una petición suplicante y humilde.

El autor volverá a plantear en esta novela el hecho de que el comportamiento violento de los cholos, en este caso, se completa con la actitud sumisa de los indios, al apuntar que la conducta de aquéllos quedaría explicada en virtud de un mecanismo psicológico que situaría parte de la responsabilidad de la represión, en los comuneros mismos. El narrador dice, y obsérvese el tono definitorio y claramente aseverativo de sus palabras: «[los indios] dejándose pegar con esa mansedumbre sinuosa del indio que en vez de mover a compasión excita a la furia ciega» (p. 191). Así, los oprimidos parecen incitar al opresor e integran complementariamente la idea de violencia.

De acuerdo con el realismo que se le acredita a Icaza, conocedor profundo de la realidad social, los indígenas de Yatunyura aparecen como grupo social productivo prácticamente al margen de la sociedad. La contradicción fundamental es la que propicia descripciones realistas de las condiciones materiales, es la que otorga la convicción de reproducción verdadera por lo empírico y evidente de su presencia en la distribución binaria, en la fijeza de las plazas ocupadas. Icaza hace depender lo político de lo social, lo artístico de la representación del objeto, de ahí la verdad de su realismo. La clave del problema está en la correlación de lo heterogéneo. Indios y cholos o terratenientes no se enfrentan en cuanto fuerzas porque para Icaza la convicción previa es que los indios no constituyen un principio de fuerza. Por el contrario, para él sólo hay una fuerza activa que comprime a otra pasiva, por lo que cae en el *estatismo de la disimetría* y, en consecuencia, disuelve la heterogeneidad cualitativa. La fuerza indígena se manifiesta sólo como determinada negativamente por la dominante: el espacio estructural fija y engloba la fuerza. No se produce lo propio de una política emancipadora y autónoma de los indios, su fuerza requerida en principio debería erigirse en *exceso* respecto a aquella incitación primera. Aquí la fuerza solicitada no llega a constituirse como fuerza reactiva propia, sino que es una simple respuesta inevitablemen-

te complementaria. Es una concepción de la política popular exclusivamente antirrepresiva. Los indígenas se movilizan, según esto, porque son atacados pero la agresión resulta ser la única fuerza del campo político. Por ello vemos el limitado alcance de la actitud de protesta que recorre a una buena parte de la narrativa hispanoamericana de este siglo y *Huairapamushcas* en particular.

En resumen, lo político en los indígenas, además de no tener autonomía, es confuso, es un sentimiento antiguo, ancestral, fuerte pero impreciso, que no les capacita para superar las agresiones y su condición material. La política parece que hace sobresalir la importancia del pasado, son las ansias de justicia inmemoriales pero faltas de fuerza. Icaza puede de esta manera pasar del terreno de lo político al moral. Da la impresión de que la posibilidad de representar la fuerza política del campesinado, para una postura realista, implica que su energía no pueda ser comprendida ni representada por su misma condición de irrepresentable, de heterogénea.

En *Huairapamushcas* vuelve a encontrarse la idea de la capacidad absoluta del poder sobre el pueblo indígena y su respuesta correlativa de fragmentación y confrontación a muerte. La violencia del latifundista destruye a la familia de Juana y Tixi, la de los cholos a la comunidad. El trabajo de Icaza consiste en ofrecer una imagen unificada de pueblo indígena y, al tiempo, generalizar en él contradicciones antagónicas con el resultado de crueldad, odio, violencia, lo cual, como *tendencia* de la obra es una mixtificación. La violencia simetriza a todas las clases y de esta manera el resultado es la imagen de un pueblo en el que la degradación alcanza grados inhumanos. En las escenas de la confrontación en Guagraloma el grito de los indios y las palabras del narrador afirman las inevitables exigencias de los procesos históricos, por más injustas que se reconozcan, el destino de los indios es la desaparición. El desenlace de esta novela tiene un cariz mucho más negativo que el de *Huasipungo*. El descreimiento completo de que un cambio se pueda dar en la sierra lleva al autor al escepticismo, que es lo que yace en el fondo de su sistemática ironía y patetismo y que tiñe los mínimos logros que los mestizos puedan conseguir. En este relato donde no hay héroes y el protagonismo oscila entre la ausencia de dignidad moral y la degradación no se puede hallar lo propio de un *faire monde*. La fuerza, ausente de la narración, obliga a elaborar un mundo encerrado en la lógica de la estructura y para el que resulta idóneo el realismo tosco por el que Icaza fue tan apreciado.

Finalmente conviene detenerse, aunque sea brevemente, en el concepto de *huaira* por su importancia en la novela. Icaza en esta ocasión cuenta con un componente extraído del acervo mítico. *Huaira* se aplica a la relación del indio con la naturaleza y en la sociedad, y representa las fuerzas del mal, según la óptica indígena, presentes especialmente en las fuerzas destructoras de la naturaleza (riada, tormenta, etc.). Es también lo que hay de extraño o extranjero en la realidad. Las fuerzas del bien son las que se toman como propias y no implican ruptura. De acuerdo con esto, en la obra se vienen a contraponer dos formas de mentalidad, por un lado, la del narrador que

considera que el medio natural propio causa la degradación y que lo extraño (el huaira) viene a ser lo civilizado, la transformación necesaria y renovadora; por otro lado, la de los indígenas para los que lo extraño y el cambio son el mal.

El cambio que trae lo extraño supone la destrucción de la pureza, de lo idéntico, de lo propio en favor de la necesidad de la armonía de lo propio y lo extraño, es decir, promoción del mestizaje. El mito indígena, interpretado por Icaza, propone una ideología del mestizaje.

El rechazo de la huaira significa, en realidad, la dependencia absoluta del indio al medio, sin posibilidad de renovación. Lo propio es la continuidad, el pasado, las costumbres, la sabiduría de los brujos de la tribu, las leyes de la comunidad, los mitos y leyendas. El rechazo de y el temor al huaira pone de manifiesto la incapacidad para el cambio, de ahí que cuando inevitablemente algo se transforme, el huaira destruirá a los indios. En la naturaleza es lo que les impide dominarla. Respecto a la sociedad el principio del mal se vincula históricamente con los extraños, conquistadores, latifundistas, funcionarios. En resumen, los indios no tienen capacidad para asimilar lo de fuera ni superar las consecuencias del cambio. La comunidad es tan inflexible que incluso les niega la integración a los de su misma raza, como ocurre en el episodio de la llegada de la longa Juana, a quien quieren matar por ser ajena. Esta actitud llega a crear conflictos en el seno de la comunidad, sus normas ancestrales les hacen reaccionar en contra de ellos mismos. Los efectos de las innovaciones o de lo foráneo son fatales, el patrón destruye la familia Tixi, las reformas de Isidro favorecen la riada y la disgregación de Yatunyura. Los únicos que se salvan son los mellizos precisamente por ser fruto de la fusión, de ser parcialmente extraños y de admitirlo como propio para sus vidas. El viento, el movimiento, es el huaira, es la naturaleza en agitación. El árbol, el yatunyura, es lo fijo, lo que enraíza, lo inmutable, símbolo de la identidad. El árbol aprisionando al huaira representa lo estático sujetando a las fuerzas activas, que es la realidad de la comunidad; continuidad del pasado es igual a posibilidad de pervivencia. El árbol cortado es la destrucción del símbolo y de la comunidad que se dispersa por la puna o desaparece bajo las aguas del río. Por contra, la vigencia del mestizaje aflora en el árbol cortado que hecho puente sobre el huaira, ya no lo aprisiona más. Así como los dos hermanos se dirigen hacia la aldea, después de unir las dos orillas, con la muerte del árbol. La ideología del mestizaje se revela en lo simbólico, la asimilación entraña la destrucción de lo indígena.

L. MARTUL TOBÍO

Universidad de Santiago de Compostela (Galicia)